



José María López Sancho

Director del programa El CSIC en la Escuela

PRESENTACIÓN

LA presentación del primer número de una publicación que se va a prolongar en el tiempo es siempre, como todos los nacimientos, un acontecimiento alegre y lleno de esperanza. Y esta publicación nace con las características propias de su tiempo; es electrónica, está pensada para que llegue a los lectores casi a la vez que se escribe y está pensada para que todos los que forman parte de la familia de los educadores de las primeras etapas tengan acceso a ella, tanto para leer sus trabajos como para escribir en ella.

El proyecto nació, hace más de veinte años, como el resultado natural del deseo de los investigadores de comunicar a la sociedad la belleza de la ciencia y del entusiasmo de los maestros por preparar a sus alumnos para el mundo en que realmente van a vivir. Ambos colectivos, cuyo material de trabajo es el conocimiento, tenían necesariamente que entenderse. Los investigadores, que hacen avanzar la ciencia, trabajan en el límite del conocimiento, y los maestros, que ayudan a sus alumnos a construir ese conocimiento, trabajan en el límite del desarrollo cognitivo de sus alumnos (que Piaget caracterizó); unos y otros tienen la común vocación de los luchadores de frontera.

Y tenemos el honor de presentaros esta publicación desde el Campus de Serrano del CSIC, que la mayoría de vosotros ha visitado para asistir a nuestras reuniones de trabajo, donde se conservan los recuerdos de la etapa más progresista de la ciencia y de la educación de España.

Aquí, entre la Residencia de Estudiantes y las aulas del Instituto Escuela, ambos de la Junta de Ampliación de Estudios pero con influencia de la Institución Libre de Enseñanza, permanecen los espíritus de Francisco Giner de los Ríos, Santiago Ramón y Cajal, Blas Cabrera, Enrique Moles, Arturo Duperrier, Miguel Catalán, Alberto Jiménez-Frau, Federico García Lorca, Luis Buñuel, Salvador Dalí, Rafael Alberti, Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez, y tantos otros cuyos nombres queremos recordar. Y es aquí, en la Colina de los Chopos, en los jardines que plantó Juan Ramón Jiménez, entre las adelfas que él cuidaba y donde imaginó que trotaba Platero, donde nace El CSIC en la Escuela, creado por un grupo de investigadores y maestros, como ya hemos dicho, a principios de los años 90.

Aunque el proyecto siempre ha gozado del apoyo de todos los equipos directivos del CSIC, cuando realmente comenzó a hacerse importante fue durante la presidencia de Carlos Martínez Alonso, con José Manuel Fernández de Labastida y Rafael Rodrigo Montero como vicepresidentes. La visión integradora de la Cultura de este equipo se materializó en una placa donde por primera vez se asocia el CSIC a la Junta de Ampliación de Estudios; así, bajo la mirada de Santiago Ramón y Cajal y Severo Ochoa se da justificación histórica a la existencia de nuestra Institución.

Fue este mismo equipo el que creó el Área de Cultura Científica, que diseñó y desarrolló Pilar Tígeras Sánchez, donde se sitúa orgánicamente nuestro programa. Actualmente se extiende a las Comunidades Autónomas de Navarra, La Rioja, Castilla y León, Castilla La Mancha, Galicia, Extremadura, Andalucía, País Vasco, Madrid, Murcia y Valencia. El CSIC en la Escuela ha evolucionado y en la actualidad es un proyecto conjunto entre el CSIC y la Fundación BBVA en el que científicos y maestros investigan juntos para mejorar la enseñanza de las ciencias en las primeras etapas educativas. Esta labor se lleva a cabo con el apoyo de los Centros de Formación del profesorado de las Consejerías de Educación de estas Autonomías.

Gracias a este apoyo, el proyecto cuenta con la participación de más de ochocientos centros educativos manteniendo una labor continua entre investigadores y maestros cuyo resultado se plasma en los diferentes encuentros científicos no solo con profesores, sino también con la participación de los alumnos y sus familias.

Desde los inicios de su actividad el equipo de El CSIC en la Escuela ha sido sensible a las motivaciones y necesidades de la comunidad de maestros partícipes del proyecto. Por esta razón, junto a la labor formativa, se propicia la organización de congresos (donde los profesores intercambian experiencias y opiniones), se facilita la publicación on-line de sus actividades en el aula y ahora, con esta publicación, se ofrece un espacio para sus experiencias y artículos de investigación. Todos estos pasos responden a nuestro convencimiento de que los profesionales de la educación deben publicar los resultados de sus experiencias, defenderlos y discutirlos públicamente tal y como desde sus inicios vienen haciendo los miembros de la comunidad científica. Este es el propósito de la serie de libros que ahora comienza.

Nuestra esperanza es que, con el tiempo, esta metodología será la que lleve a una masa crítica de maestros, sensibles al espíritu de este proyecto, que desarrollen labores de investigación en el aula tal y como es generalizado en muchos países de nuestro entorno.

Como preludeo a los artículos de este primer número queremos incluir un homenaje a Francisco Giner de Los Ríos, inspirador del espíritu renovador de la enseñanza a todos los niveles, en la se fundamenta este proyecto. Giner de los Ríos se adelantó a su tiempo proponiendo y llevando a la práctica la enseñanza de la ciencia en el aula de Infantil y Primaria; y vamos a rendirle tributo reproduciendo la nota necrológica que, lleno de sentimiento, le dedicó uno de sus alumnos más distinguidos.

DON FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS

Por Antonio MACHADO

«Los párvulos aguardábamos, jugando en el jardín de la Institución, al maestro querido. Cuando aparecía don Francisco, corríamos a él con infantil algazara y lo llevábamos en volandas hasta la puerta

de la clase. Hoy, al tener noticia de su muerte, he recordado al maestro de hace treinta años. Yo era entonces un niño, él tenía ya la barba y el cabello blanco.

En su clase de párvulos, como en su cátedra universitaria, don Francisco se sentaba siempre entre sus alumnos y trabajaba con ellos familiar y amorosamente. El respeto lo ponían los niños o los hombres que congregaba el maestro en torno suyo. Su modo de enseñar era socrático: el diálogo sencillo y persuasivo. Estimulaba el alma de sus discípulos –de los hombres o de los niños– para que la ciencia fuese pensada, vivida por ellos mismos. Muchos profesores piensan haber dicho bastante contra la enseñanza rutinaria y dogmática, recomendando a sus alumnos que no aprendan las palabras sino los conceptos de textos o conferencias. Ignoran que hay muy poca diferencia entre aprender palabras y recitar conceptos. Son dos operaciones igualmente mecánicas. Lo que importa es aprender a pensar, a utilizar nuestros propios sesos para el uso a que están por naturaleza destinados y a calcar fielmente la línea sinuosa y siempre original de nuestro propio sentir; a ser nosotros mismos, para poner mañana el sello de nuestra alma en nuestra obra.

Don Francisco Giner no creía que la ciencia es el fruto del árbol paradisiaco, el fruto colgado de una alta rama, maduro y dorado, en espera de una mano atrevida y codiciosa, sino una semilla que ha de germinar y florecer y madurar en las almas. Porque pensaba así hizo tantos maestros como discípulos tuvo.

Detestaba don Francisco Giner todo lo aparatoso, lo decorativo, lo solemne, lo ritual, el inerte y pintado caparazón que acompaña a las cosas del espíritu y que acaba siempre por ahogarlas. Cuando veía aparecer en sus clases del doctorado –él tenía una pupila de lince para conocer a las gentes– a esos estudiantones hueros, que van a las aulas sin vocación alguna, pero ávidos de obtener a fin de año un papelito con una nota, para canjearlo más tarde por un diploma en papel vitela, sentía una profunda tristeza, una amargura que rara vez disimulaba.

Llegaba hasta a rogar les que se marchasen, que tomasen el programa H el texto B para que, a fin de curso, el señor X los examinase. Sabido es que el maestro no examinaba nunca. Era don Francisco Giner un hombre incapaz de mentir e incapaz de callar la verdad; pero su espíritu fino, delicado, no podía adoptar la forma tosca y violenta de la franqueza catalana, derivaba necesariamente hacia la ironía, una ironía desconcertante y cáustica, con la cual no pretendía nunca herir o denigrar a su prójimo, sino mejorarle. Como todos los grandes andaluces, era don Francisco la viva antítesis del andaluz de pandereta, del andaluz mueble, jactancioso, hiperbolizante y amigo de lo que brilla y de lo que truena. Carecía de vanidades, pero no de orgullo; convencido de ser, desdeñaba el aparentar. Era sencillo, austero hasta la santidad, amigo de las proporciones justas y de las medidas cabales. Era un místico, pero no contemplativo ni extático, sino laborioso y activo. Tenía el alma fundadora de Teresa de Ávila y de Iñigo de Loyola; pero él se adueñaba de los espíritus por la libertad y por el amor. Toda la España viva, joven y fecunda acabó por agruparse en torno al imán invisible de aquél alma tan fuerte y tan pura.

...Y hace unos días se nos marchó, no sabemos adónde. Yo pienso que se fue hacia la luz. Jamás creeré en su muerte. Sólo pasan para siempre los muertos y las sombras, los que no vivían la propia vida. Yo creo que sólo mueren definitivamente –perdonadme esta fe un tanto herética–, sin salvación posible, los malvados y los farsantes, esos hombres de presa que llamamos caciques, esos repugnantes cuca-



Antonio Machado.

ñistas que se dicen políticos, los histriones de todos los escenarios, los fariseos de todos los cultos, y que muchos, cuyas estatuas de bronce enmohece el tiempo, han muerto aquí y, probablemente, allá, aunque sus nombres se conserven escritos en pedestales marmóreos.

Bien harán, amigos y discípulos del maestro inmortal, en llevar su cuerpo a los montes del Guadarrama. Su cuerpo casto y noble merece bien el salmo del viento en los pinares, el olor de las hierbas montaraces, la gracia alada de las mariposas de oro que juegan con el sol entre los tomillos. Allí, bajo las estrellas, en el corazón de la tierra española reposarán un día los huesos del maestro. Su alma vendrá a nosotros en el sol matinal que alumbra a los talleres, las moradas del pensamiento y del trabajo».

*De «Idea Nueva». Baeza, 23 de febrero de 1915
Boletín de la Institución Libre de la Enseñanza, número 664, Madrid, 1915*